

Lucus
(Lugo)

VIVIANA RIVERO

GALLAECIA

TARRACONENSIS

TARRACO
(TARRAGONA)

LUSITANIA

EMERITA
(MÉRIDA)

POLLENTIA
(POLLENSA)

Los SOLES de SANTIAGO

 Planeta

VIVIANA RIVERO

LOS SOLES
DE
SANTIAGO



 Planeta

CAPÍTULO I

LA PARTIDA

La Hispania, aldea de la montaña verde, año 31 a. C.

Estoy recostada sobre el camastro de paja en la vivienda de mi padre y escucho el ruido de los insectos de la noche que me llega desde el exterior. Desde donde estoy, veo por la abertura del cuarto la punta de los pinos y me imagino cuánta vida habrá allí.

Me doy cuenta de que a pesar de lo agotada que me siento, no podré conciliar el sueño. Mi cuerpo es joven pero mis pensamientos que lo atormentan lo mantienen tenso. Aprieto fuerte los ojos. «Debo dormir», me digo, y lo intento. Sé que mañana me espera una ardua jornada y que por varios días caminaré de sol a sol, pues planeo detenerme recién cuando las fuerzas me abandonen. Caminaré y caminaré, avanzaré por entre el verde agreste de la naturaleza, en medio de peligros, con hambre y cansancio. Estaré sola, muy sola, pero no me importa, perseveraré hasta llegar al sitio a donde me dirijo. Únicamente la muerte podría detenerme. Me han quitado a mi hijo, me lo han robado y ahora iré yo a hurtárselo a esos malvados. Cruzo las manos sobre mi pecho, busco quitarme este dolor que me quema por dentro, y digo en voz baja: «Como que me llamo Cazue, moradora de la montaña verde, que no me detendré hasta encontrarte, mi niño. Lo prometo por mis dioses». Conforme a las costumbres de mi pueblo, con el dedo índice me toco el labio tres veces en señal de que cumpliré mi promesa. Pronuncio las palabras y los acelerados latidos de mi corazón se van calmando poco a poco.

«Debo dormir, debo dormir», me repito una y otra vez. Pero... ¿cómo ahuyentar el dolor de saber que mi hijo no está conmigo? Mis pechos adoloridos cargados de leche lo llaman a gritos, al igual que el pequeño me estará llamando a mí. Lo imagino y la idea me corroe por dentro, me llena de dolor el alma. A este ramalazo se le une otro: mi padre, que duerme en la pieza de al lado, no sabe que mañana me marcharé. Ese hombre de la tribu de los astures, morador de la montaña verde, ha mostrado su bondad al dejarme entrar a su casa después de que la abandoné en contra de su voluntad. Porque yo, la hija mayor, que debía dar el ejemplo, hice lo que él no quería, y aun así me aceptó. Me mortifica pensar que además de sacar comida de sus alacenas para soportar el largo viaje, le robaré también algunas piezas de oro que él ha fabricado en su taller y que he dejado, apartadas, junto a algunas pepitas del mismo material. No quisiera hacerlo, pero no veo otra salida, las necesito, me ayudarán a vivir los días que tengo por delante. Sé que en algún escondrijo tiene monedas, pero no hurgaré, sería muy ruin robárselas; con ellas comen mis hermanos. Otra vez cruzo los brazos sobre mi torso y prometo a mis dioses devolver todo lo que sin permiso me llevaré.

La noche avanza y se me mezclan los pensamientos con sueños. Siento que abrazo a mi hijo y me sumerjo en el aroma de su piel de bebé de una manera tan real que por unos instantes soy feliz, pero luego aparecen unos brazos fuertes de hombre que otra vez me lo quitan. La pesadilla que se ha repetido durante las últimas noches me despabila y entonces repaso por dónde empezaré el camino. Abandono la idea —lo sé de memoria, lo he repasado mil veces— y de inmediato me vienen imágenes del campamento donde los romanos explotan el oro. Ese lugar donde empezó todo. Si pienso cuándo fue que mi vida cambió, tengo la certeza de que fue el día que pisé ese lugar. Y si me pregunto cuándo comenzaron los cambios nefastos en mi aldea, no tengo dudas de la respuesta: desde que llegaron los romanos y se instalaron en nuestras tierras. Ellos vinieron con sus finas ropas, sus ideas sofisticadas, su poderío y una sed de metales estimulada

por su ambición. Ellos trajeron los cambios, mudaron nuestras costumbres, transformaron la existencia tranquila y rutinaria de nuestras aldeas en una muy diferente. El ejército del imperio nos doblegó a filo de espada y de castigos y, finalmente, cuando nos rendimos, nos habíamos vuelto tan codiciosos como ellos. Su voracidad por lo material parecía una enfermedad contagiosa, como aquellas que suelen atacar a nuestra aldea y la diezman en gran manera. Otra vez veo a mi niño en sueños, y la pelusa suave que crece en su cabecita es deliciosa al tacto de mi mano. Pero esta vez nadie me lo quita, y así, abrazada a él, al fin logro dormirme en paz.

Un rato después escucho el canto de un pájaro y de inmediato los gorjeos de otros que me permiten intuir que la primera luz del día aparecerá pronto. Me levanto sigilosa y en el más completo silencio; mis hermanos no deben despertarse. Para no pisarlo, tomo mi vestido con las manos y me voy de puntillas.

Camino, y en instantes estoy en el almacén cargando en mi bolsa carne seca, pan, una pequeña navaja y un par de elementos que me ayudarán a prender fuego cuando lo necesite. Me cruzo al taller y también me hago de las piezas de oro. Además de las pepitas, tomo un brazalete y un collar con la figura —ambos— de un sol. Observo a mi alrededor, presiento que pasará mucho tiempo hasta que pueda volver a este lugar; y esto, siempre que mi padre me perdone. Miro sus herramientas y me lleno de recuerdos; me veo a mí misma apenas un tiempo atrás con la vasija que acababa de traer desde el río con las pepitas doradas después de batear y a mi padre trabajando el metal, dándole la forma de un sol, con mi madre a su lado. ¡Cómo podría ayudarme ella si estuviera viva! Busco recordar los detalles de su rostro, pero los años han hecho mella y comienzo a olvidarlos. ¿Sus ojos eran marrones muy oscuros, como los míos, o no tanto? ¿Su nariz era extraña como la de Leto o recta como la mía? ¿Ella nos habrá querido a nosotros como yo quiero a mi hijo? ¿Mi madre hubiera hecho por mí o por mis hermanos lo mismo que ahora estoy por hacer por mi niño? Estoy casi segura de que sí.

El chillido de una bandada de pájaros que ha madrugado me saca de mis pensamientos, debo abandonar el taller antes de que la aldea despierte, es momento de irme, de empezar el camino...

Me cruzo la bolsa al cuerpo, la ato con un nudo y dejo que se pierda entre las telas de mi rústico vestido. Me acomodo la larga trenza de color castaño hasta darle forma de rodete sobre mi cabeza; así será más fácil llevar el pelo. Deseo que, en el camino, si me ven de lejos, crean que soy un muchacho. Con la confusión, correré menos peligros.

Unos pasos, y me he alejado de la casa de mi padre. Otros tantos, y comienzo a hacerlo también de la aldea; miro el cielo y agradezco que nadie me haya visto. Avanzo a paso firme, y ya me he adentrado en el verde del bosque.

El camino, mis pies y mis pensamientos. Sólo eso tendré por varios días. Sólo eso, todo eso.

Las remembranzas llenan mi mente y me transportan a un tiempo atrás, cuando todavía no era madre y ni siquiera había estado con un hombre. Camino, y las imágenes vienen a mí con claridad. La aldea, el sol, mi casa, mis hermanos...

Un año antes *Recuerdos*

El día comenzaba en la aldea de la montaña verde y la mañana se presentaba soleada y cálida. Luego de una temporada primaveral repleta de lluvias, el astro sol hacía su aparición dándole color a las chatas construcciones del caserío astur en el que predominaban los marrones del adobe, la piedra y la madera rústica.

Los pinos del alto se veían más verdes que nunca y el aire corría limpio y energizante. La estación del calor estaba empezando y el clima contra el que siempre debían luchar ahora se auspiciaba agradable. Los próximos días serían sin lluvia y cálidos; sin embargo, desde la madrugada, Cazue se hallaba intranquila. Después de servirles a sus dos hermanos menores sendos tazones

de leche de cabra e impartirles instrucciones sobre quién se encargaría de entrar la leña y quién trabajaría en la huerta, se sentó unos instantes en el largo banco de material unido al muro de adobe y piedra. Ese sitio, similar al que tenían todas las moradas de la aldea, solía ser el lugar más cómodo de la casa.

Allí, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas, decidió que iría al campamento romano. Tenía que ir ella. Su existencia de diecisiete vueltas al sol recién cumplidas la convertía en la adulta de la casa; además, según las costumbres de su pueblo, era quien debía afrontar la situación. Estaba preocupada, su padre no regresaba al hogar desde hacía varios días. Si bien por su trabajo solía ausentarse durante varias jornadas, esta vez su falta se había prolongado ostensiblemente y la inquietud iba en aumento. Cuando el ejército romano se asentó en la aldea para explotar el oro, pronto su conocimiento fue requerido porque se corrió la voz de que era uno de los hombres que más sabía acerca de la ubicación del metal. A partir de ese momento, quedó bajo la tutela de los romanos, quienes, además, le exigieron pasar largos períodos en el campamento junto con los soldados. Caleyano alternaba esa tarea con la de orfebre, labor que tanto le gustaba. Antes de la llegada de los romanos esa había sido su principal actividad en la aldea, tal como la habían ejercido su propio padre y el padre de su padre. Su familia siempre había bateado en el río para conseguir las pepitas que transformaban en brazaletes, collares y pendientes que luego intercambiaban por comida y otros utensilios necesarios para subsistir.

El oro, hasta la llegada del ejército de Roma, les pertenecía a todos en la aldea, lo que significaba que cualquier habitante de la montaña verde podía buscarlo en el río y apropiárselo. Pero pocos sabían ejecutar el trabajo fino de crear un bello collar, como lo hacía su padre. Así como en la aldea algunos se dedicaban al hierro, a la madera, o a la cría de animales, Caleyano realizaba el trabajo de orfebre para luego intercambiar sus productos por otros que necesitaría; además, como todo líder de familia, cultivaba la huerta de la casa. Los habitantes de la montaña siempre

habían vivido de esa forma y cada uno tomaba de la naturaleza lo que necesitaba y lo transformaba en algo útil para luego trocarlo con los demás. Sin embargo, el advenimiento de los romanos había alterado la vida apacible y poco a poco la gente de su aldea y de las cercanas también aceptó darles valor a las monedas metálicas que usaban los romanos. ¿Cómo no hacerlo si con ellas les pagaban el trabajo que realizaban en la mina a cielo abierto?

—¿Cuánta leña traigo? —le preguntó el hermano a Cazue.

La voz de Leto comenzaba a dejar de ser la de un niño para empezar a sonar como la de un adulto. Pronto podría hachar los troncos de los árboles.

A pesar de ser sólo un adolescente, él también se daba cuenta de que su padre llevaba ausente mucho tiempo. Además, no era un secreto que en la mina algún hombre moría a diario. Se trataba de un trabajo peligroso, pero los romanos corrían ese riesgo por la quimérica ambición de extraer el oro. Porque muchos de los que perdían la vida eran astures, pero también perecían quienes habían llegado de Roma.

Parte de la extracción se realizaba con grandes explosiones que, en ciertas ocasiones, producto de un pequeño error en los cálculos, ocasionaban la muerte de aquel que estaba cerca. La madre de Cazue representaba el eterno recordatorio del peligro que entrañaban las detonaciones: había muerto accidentalmente a causa de un derrumbe inesperado.

El afán por conseguir oro no sólo se llevaba vidas sino mucho más. Por el metal, los romanos estaban dispuestos a sufrir otras pérdidas, como estar lejos de su amada Roma, o vivir una vida austera sin lujos ni comodidades en esta tierra apartada que los había empujado —entre otras concesiones— a comunicarse en el idioma de sus habitantes. Pues la avaricia lo pedía todo y nadie se atrevía a negarle nada.

—¡Cazue! ¡Dime cuánta leña traigo! —exigió el muchachito en voz alta, que advertía la preocupación de su hermana.

La chica volvió en sí y, mirándolo de frente, respondió con sus pensamientos aún en otra parte.

—Toda la que puedas, la necesitamos para cocinar. —Y avisó—: Ahora me voy, iré al campamento romano.

Leto asintió con la cabeza mientras su hermana comenzó a alistarse para partir. Cazue se puso un calzado resistente, hecho de cuero, que le permitiría sortear las espinas y piedras del camino. Luego, en una bolsa de trapo, cargó un poco de carne de cabra y dos hogazas de pan de bellotas que habían horneado; entregar en mano esa comida sería la excusa para pedir por su padre en el campamento romano. No era común dirigirse allí; ni ella ni sus hermanos querían volver a ese sitio, pues lo consideraban un lugar triste y doloroso desde que su madre había muerto aplastada por unas rocas.

En un abrir y cerrar de ojos Cazue se hallaba caminando entre la exuberante vegetación, pisando la tierra húmeda y negra de los senderos bordeados de altos pinos.

Para cuando llegó al lugar, gotitas de sudor le corrían por la frente. Se las secó con la mano y se echó hacia atrás la trenza que le llegaba a la cintura. Caminó hacia las grandes tiendas que habían montado los romanos cerca del arroyo y, al acercarse, pudo ver que un grupo de hombres trabajaba frente a una mesa enorme ubicada bajo la sombra de unas telas. Al menos eran diez los romanos que deliberaban sobre los papiros y planos extendidos encima de la mesa; discutían y no lograban ponerse de acuerdo. Algunos estaban de pie; otros, sentados en cómodas poltronas de madera. Portaban finas vestimentas, y sólo dos llevaban puesto el uniforme del ejército, pero, como había aprendido a establecer diferencias, supo que no era ropa de soldado raso sino de autoridad.

Cazue ya casi llegaba hasta ellos cuando, a pocos pasos, se distrajo con algo que le había llamado poderosamente la atención. Desde su ubicación podía ver dos construcciones grandes y lujosas. Como el sol le daba en el rostro, apoyó la mano sobre la frente para atenuar la luz y así logró verlas mejor. ¡Cuán diferentes eran esas dos viviendas a todas las que ella conocía! Además de espaciosas, lucían prolijas, con fachadas de terminaciones lisas en color claro y con altos pilares redondos. Pensó

que se trataría de las famosas casas romanas con columnas de las que tanto había oído hablar. Imaginó que las personas que vivían allí debían ser importantes. Y no se equivocó en ninguna de sus apreciaciones: esas viviendas habían sido construidas al estilo de las que sus dueños —dos ingenieros aristócratas— poseían en Roma. Ambos hombres habían llegado a estas tierras enviados por el emperador para dirigir los trabajos en la mina y, como se suponía que la labor les demandaría varios años, se les permitió construir estos palacetes para alojar a sus familias. Cazue se quedó mirando las construcciones pensando en los habitantes de esas casas: ¿qué aspectos tendrían?, ¿habría mujeres viviendo allí? Intentó imaginárselas, pero no pudo, como tampoco podía imaginar aún cuánto marcarían esas personas su joven vida.

—¡Ey, tú, muchacha! ¿Qué buscas?

Cazue, a pesar de oír su lengua, se sobresaltó. Se dio vuelta y se encontró con un soldado romano que venía hacia ella.

—Busco a mi padre, trabaja en la mina. Le traje comida —dijo, dando toda la información en la misma frase.

Los romanos la intimidaban. Sería mejor evitar equívocos y explicarle rápidamente el motivo de su visita. Cuando esos hombres llegaron a esta tierra habían matado a muchos aldeanos. Y si bien ahora vivían en paz, nunca se sabía, pues se trataba de una tranquilidad demasiado precaria cimentada en que los romanos, la parte fuerte, era la que mandaba, mientras que la otra, la sometida por la fuerza —los habitantes de la Hispania—, estaba condenada a obedecer.

El uniformado se sorprendió.

—¿Comida? Pero si los trabajadores ya tienen la que les damos aquí.

—Es que hace mucho que mi padre no regresa a casa y temo que le haya pasado algo malo, entonces pensé...

Uno de los hombres, que se hallaba impartiendo órdenes a los esclavos que trasladaban sacos de cereales, preguntó:

—¿Qué hace tu padre?

Este joven romano de cabello color rojo y voz amable no era soldado, sino un proveedor del campamento. Lo delataba, según observó Cazue, su túnica clara y delicada.

—El nombre de mi padre es Caleyano —le respondió—. Se trata de la persona que les dio la primera ubicación del oro.

Ella lo nombró; sabía que en el lugar era reconocido por su labor.

—Ah, eres la hija de Caleyano. Él se encuentra trabajando arriba, pero está bien —dijo, señalando la montaña. Luego agregó—: Regresará en cinco lunas. ¿Quieres que le diga algo? —preguntó interesado en el atado que ella llevaba en las manos.

Cazue contestó de inmediato:

—Dígale que mis hermanos y yo estamos bien, y entréguele esto —señaló al tiempo que extendía su mano.

El hombre tomó el paquete y espionó el interior de la tela. Enseguida, al descubrir el pan de bellota recién hecho, exclamó:

—¡Por Júpiter! ¿Puedo pedirte una hogaza como esta para mí?

Cazue se sorprendió ante el pedido, pero rápidamente le contestó:

—Tome una, allí hay dos.

—Te la pagaré.

—No es necesario.

—¡Claro que sí! Te daré una moneda porque quiero que mañana me traigas otras.

Los romanos afincados en la aldea extrañaban las costumbres y los lujos de su amada Roma, pero, y por sobre todo, añoraban sus comidas. A costa de esfuerzo buscaban adaptarse a los nuevos ingredientes con que se cocinaba en la Hispania. Una hogaza era un verdadero tesoro, tenía cierta reminiscencia al *panus* que horneaban en Roma.

Ella asintió y el muchacho de cabello rojo le lanzó una moneda romana. Cazue, con un movimiento rápido, la tomó en el aire. El romano sonrió y con ímpetu le dio un mordisco al pan.

—Está delicioso. Te espero mañana con tres de estos, te los pagaré muy bien —dijo, complacido, sin siquiera mirarla.

Él sólo tenía ojos para su hogaza.

Cazue, a punto de retirarse de la presencia del hombre, realizó una leve inclinación tal como le había enseñado su padre que les gustaba a los romanos. Luego dio la media vuelta y desanduvo el camino a su casa. Estaba contenta, regresaría con buenas noticias: su padre se hallaba vivo, volvería pronto y, además, con el pan ganaría unas monedas iguales a la que ya tenía en la mano. Sólo tendría que recorrer al día siguiente el trecho desde su casa hasta el campamento. Y continuó cavilando: si ese hombre le seguía pidiendo pan, enviaría a Leto, porque si bien el trayecto no era largo, entrevió que ella sería más útil en la casa para ese fin.

Apenas llegó a su hogar, les contó a sus hermanos que su padre se encontraba bien y que pronto estaría con ellos. Luego los puso a amasar; ganarían dinero con los panes. La moneda la guardó en una pequeña vasija de barro que tenían en la casa.

* * *

Habían pasado cinco lunas desde que Cazue fue al campamento romano por primera vez. Si todo salía bien, su padre estaría de regreso al día siguiente, tal como le había anticipado el romano.

Esa mañana, como las anteriores, ella tomó tres hogazas y, colocándolas en la tela, armó el atado diario. Apreció cómo habían crecido las monedas de la vasija y pensó que su padre se pondría contento cuando viera la ganancia que había logrado junto con su hermano. Leto amasaba y ella vendía el pan. En un primer momento había pensado que sería al revés, pero luego, al descubrir que le agradaba ir al campamento por el movimiento del lugar, como también por la breve charla que mantenía con el hombre de los cabellos rojos, prefirió seguir llevando personalmente el pan.

En el segundo encuentro, tras entregarle las hogazas, habían cruzado sólo dos frases acerca de cómo se preparaba el pan de bellotas. Cuando él le preguntó la receta, ella se la dio casi sin mirarlo; luego, haciendo la reverencia, se retiró. En la tercera vi-

sita, se apartaron unos pasos del grupo que trabajaba en la mesa, y durante unos instantes se guarecieron del sol al abrigo de un árbol grande; él alcanzó a contarle que le interesaban las comidas y que, en su condición de proveedor del almacén del campamento, debía velar por el aprovisionamiento y el control de los víveres que mantenían en pie a los hombres de la mina. Su nombre era Publio y su existencia tenía veinticinco vueltas al sol.

La cuarta vez que se vieron, al amparo del árbol grande, también conversaron sobre comidas. Publio le contó detalles acerca de cómo se preparaba el pan de los romanos.

Cazue había registrado muy bien los sucesos vividos en cada uno de esos encuentros. Había algo en ese hombre que le provocaba mariposas en la panza. Al principio, había sido miedo, pero ya no le despertaba ese sentimiento. Publio era un romano inofensivo. Estaba casi segura de que, si alguno de los hombres intentaba hacerle daño, él la defendería.

A ella le agradaba escucharlo hablar en la lengua de su aldea, aun cuando se equivocaba en muchos de los sonidos o la mezclaba con su propio idioma si se quedaba sin palabras. A pesar de los tropiezos, Cazue lo entendía porque, así como los romanos habían aprendido el habla de las aldeas, los habitantes de la montaña verde incorporaban poco a poco, la lengua de su opresor.

En sus conversaciones intercambiaban datos sobre los alimentos que comían los aldeanos y los que ingerían los romanos; a Publio le interesaban las diferencias y similitudes entre ambas costumbres.

Esa mañana, cuando ella llegó, Publio apareció desde una de las tiendas junto a un hombre mayor. Caminaban y hablaban rápido, pero Cazue tuvo la certeza de que el acompañante había colado un chascarrillo sobre ella. Porque la miró, dijo algo en su lengua y los dos hombres sonrieron. Cazue se puso en guardia, pero el romano se fue y Publio, otra vez, conversó con ella de manera amigable.

Cazue le entregó las hogazas y él, como siempre, le dio las monedas, aunque esta vez le dijo:

—¿Sabes...? La señora que vive en la casa romana quiere un pan de los tuyos. Se lo he hecho probar y le ha agradado.

—No sé si podré hacer tantos.

—Pues deberías. Ella tiene casi tu edad, y se la ve muy triste. Extraña las comodidades de Roma y a su familia.

Cazue se quedó pensando cuáles serían «las comodidades», pero no quiso pasar por ignorante. Sabía que los romanos consideraban bárbaros a los aldeanos, y a Publio no le daría el gusto de que pensara eso de ella. Así que sólo preguntó:

—¿Tiene niños la señora?

Ella sabía cuánto trabajo le daban sus hermanos.

—No los tiene, y por eso seguramente también llora.

—Pues le haré pan. Una vez, al menos. Cuando regrese mi padre, será mi hermano Leto quien empiece a traerlos.

Probablemente eso no ocurriría, pero Cazue había deslizado la posibilidad porque quería ver la cara de Publio al escucharla decir que no visitaría más el campamento.

—Como quieras... —dijo él. Y, agachándose, tomó un ramillete de las flores amarillas que crecían en el suelo. Luego las puso en las manos de Cazue—. Para ti.

—¿Para mí? —preguntó sin poder contener el cambio de color de su rostro, que repentinamente se enrojeció.

—El pan recién hecho que me traes cada día se merece eso y más.

El joven cuerpo de Cazue se convulsionó y las mariposas en la panza la atacaron como nunca. Pensó que lo mejor sería marcharse. Agradeció con voz casi inaudible y, con las manos temblando, se tomó el vestido e hizo la reverencia a modo de despedida.

Cazue dio media vuelta y el romano se quedó contemplando cómo se alejaba. Ella pudo sentir su mirada.

Mientras Publio observaba su andar se repitió para sí mismo la frase en latín que le había dicho momentos antes su amigo: «Me parece que tienes una conquista amorosa; aprovéchala, las mujeres no sobran en esta tierra».

Asumió que el hombre tenía razón. La vida era efímera: una explosión en la mina y en un instante todo acabaría. Un cuerpo femenino por estas latitudes siempre venía bien. Les costaba conseguir prostitutas entre las aldeanas, quienes rehuían ese trabajo; además, si lo practicaban, sufrían el destierro. Mujeres romanas sólo las tenían los privilegiados como los dos ingenieros que vivían en las casas nuevas del campamento de la mina.

El emperador les había prometido enviarles romanas de vida fácil, pero pasaba el tiempo, la urgencia apremiaba y, mientras tanto, debían conformarse con lo que había. La hija de Caleyano le agradaba, era como el pan que le traía: tierno, bien hecho y gustoso. Y aunque él, como romano, podía tomarla por la fuerza, ese no era su estilo.

Miró la figura femenina que se alejaba y pudo adivinar las curvas del cuerpo bajo las telas. Se repitió en voz alta:

—Gustoso, muy gustoso.

Así era él, un hombre con una debilidad incorregible por las comidas y las mujeres. Nunca podía decir que no a ninguna; le hubiera gustado ser uno de esos soldados aguerridos llenos de cicatrices que habían conquistado la Hispania, pero él había nacido para la poesía, el enamoramiento y los buenos banquetes. Había aceptado establecerse en esta tierra habitada por bárbaros motivado por la paga —sólo por eso—, y la salida de Roma había resultado más dura de lo que había imaginado, pues a diario extrañaba los placeres de la ciudad. Su trabajo consistía en organizar los alimentos, los utensilios y las cenas de los hombres que vivían en la campaña y, pese a la gran responsabilidad que eso suponía, no le desagradaba; incluso, contaba con ciertas libertades, como relacionarse con la chica del pan, aunque nunca se dejaba de añorar el civilizado mundo romano que incluía seres queridos, comidas típicas, el teatro, las termas de agua caliente y tantas otras comodidades.

Publio recogió de la tierra otras flores amarillas, formó un ramillete y con gracia lo dispuso sobre uno de los panes que acababa de recibir. Se lo llevaría a la muchacha romana que lloraba;

por lo menos, eso decían sus sirvientas, mujeres con las que se relacionaba ocasionalmente. Ella también le gustaba, aunque el hecho de que fuera la esposa de un ingeniero romano la volvía casi intocable. «Casi», pensó, y sonrió. Ya vería cuál de las dos abejas quedaría atrapada antes en la miel. Por suerte, dos zumbaban cerca.

* * *

La luna hizo su aparición en la noche húmeda y veraniega en el norte de la Hispania. Los insectos se hallaban de parabienes, se los escuchaba emitir sus sonidos y sobrevolar complacidos las antorchas ubicadas en las tiendas del campamento romano. Muy cerca de allí, dentro de las dos casas construidas al estilo de Roma, había movimientos. La edad de los moradores marcaba el ritmo interior de ambas. En una de las viviendas, un matrimonio mayor hablaba acerca del deseo de ver a los nietos que residían en la urbe, lo cual —sabían— sería imposible, pues la tarea que los había convocado a esta tierra lejana no se lo permitiría por largo tiempo. En la otra casona, la más grande, el maestro Ovidio Fabio, hombre más joven, sólo parecía tener mente para los cálculos, planos y operaciones que la mina de oro exigía. Había prolongado su actividad hasta un momento atrás, y sólo la había interrumpido porque su esposa le había reclamado que se presentara a cenar.

El ingeniero apareció en la sala y vio cómo los sirvientes luchaban contra los bichos alados que intentaban ingresar por las aberturas de la casa buscando la luz de las lámparas, mientras Junia, su mujer, les impartía órdenes para controlarlos. Él le preguntó:

—¿Está todo listo para comer?

—Sí —le respondió ella.

Junia había esperado todo el día para compartir este momento con su esposo, por lo que, complacida, instruyó a las esclavas para que trajeran de inmediato las bandejas con comida.

Al fin cenarían como correspondía. Esa mañana, provenientes de Roma, les habían llegado varios baúles con muebles, telas

y cuadros para la casa; entre los bártulos estaba el esperado juego de triclinio que, de ahora en adelante, les permitiría comer como los romanos civilizados que eran. Esa noche, a punto de estrenarlos, miró satisfecha los elegantes camastros y la mesilla alta donde la sirvienta comenzó a depositar las bandejas con carnes, pescadillos, verduras y frutas; los alimentos se hallaban cortados en trozos pequeños para que pudieran tomarlos con las manos.

Junia lanzó un suspiro de satisfacción al repasar con su vista los muebles y las cortinas recién colocadas. «¡Al fin parece una casa romana!», pensó. Estaba contenta con la fuente de agua y el reloj de sol que habían sido ubicados en el patio, pero los detalles interiores realmente eran su orgullo.

Ella tenía veintidós años, llevaba tres de casada y jamás se había imaginado que terminaría viviendo en estas tierras bárbaras. Pero una situación fue llevando a la otra y ahora, en este lugar tan lejano, disponer en su casa de un simple triclinio, ese conjunto de muebles que tenía todo romano de clase alta y donde de ahora en más se tenderían a comer, le daba una colosal felicidad. Cuando sus padres le eligieron a Ovidio Fabio como marido, ella se puso contenta porque se trataba de un reconocido maestro en matemáticas, un hombre respetado y adinerado de aspecto cuidado y de rostro bello. Pero claro, sus defectos no saltaban a simple vista y recién los descubrió cuando se hubo casado. Porque Ovidio Fabio sólo entraba en el dormitorio para tener sexo una vez al mes. Y Junia sabía que así no engendraría fácilmente un hijo. El médico consultado en Roma le había explicado que los intentos debían ser más repetidos. Si bien el consejo le sirvió para sacarse la duda, la visita al galeno suscitó un nuevo inconveniente: el problema de su marido había trascendido el ámbito familiar. Evidentemente, la indiscreción del médico traspasó los muros de su residencia y vaya a saber por qué comentario inoportuno la ciudad puso en duda la masculinidad de su esposo. Por eso, cuando a Ovidio Fabio le propusieron encargarse de la explotación del oro, aceptaron de inmediato sin imaginar las consecuencias ni las penurias que les depararía la mudanza.

Junia tenía la esperanza de que, pasado el buen momento que estaban por compartir, pudiera llevar al dormitorio a su marido. La última vez que habían tenido sexo había sido tres semanas atrás.

La noche se presentaba agradable, veraniega. Relajados, dispuestos a cenar, los esposos se tendieron en los camastros y comenzaron a servirse los alimentos delicadamente con las puntas de los dedos.

Junia, entusiasmada con la novedad de los muebles, había dedicado gran parte de la jornada a la decoración de la sala; había logrado, incluso, que colgaran los murales y las cortinas nuevas, faena que le dejó poco tiempo para ocuparse de los alimentos. Los detalles desatendidos se manifestaron apenas su marido probó un bocado: además de mal condimentada, la carne no estaba bien cocida, y la crítica de Ovidio Fabio tronó en la sala:

—Está incomible.

Ella trató de justificarse:

—No consigo los ingredientes adecuados.

—Esto es más que la falta de un condimento, la carne está mal asada. Tienes la cocina en descontrol.

Junia explotó:

—¿Cómo quieres que la lleve adelante con apenas cinco esclavos? ¡Me faltan sirvientes!

—Pues busca más. Nunca te lo he prohibido.

—¿De dónde quieres que las saque, si no hay mujeres? Haz que me traigan algunas de las aldeas.

—No quieren venir —replicó Ovidio Fabio, negando con la cabeza.

—¡Tráelas por la fuerza! —exigió ella.

—Ya te he explicado que el emperador Octavio ordenó que no tratemos a los aldeanos como esclavos. Debemos llevar una vida en cooperación con estas gentes. ¡Y acaba ya de quejarte!

—¡Jamás imaginé que vivir acá sería tan penoso!

—Te hice construir esta casa.

—Me prometiste mucho más.

—Deja de fijarte en lo que no he cumplido yo, y preocúpate por cumplir con lo que a ti te toca.

—¿Qué me toca?! —preguntó, enojada, después de haber trabajado como nunca lo haría una romana de su clase para que la casa luciera al menos parecida a una de las residencias ubicadas en el Palatino de Roma.

—Te corresponde engendrar un hijo.

La palabra había puesto el dedo en la llaga, y ella no se quedaría callada, como venía haciéndolo desde aquella consulta al médico indiscreto. Esta vez hablaría.

—Pues ven más seguido a mi dormitorio. Duermes demasiadas noches fuera de la casa —dijo, sin atreverse a repetir lo que su sirviente romana había averiguado cuando ella le pidió que lo siguiera: su esposo pasaba muchas noches en la tienda de Claudio Sexto, uno de los centuriones.

—Que yo sepa, no necesitas muchas visitas en el dormitorio para concebir un hijo. ¡Con una alcanza!

—Tienes razón: ni siquiera se necesita que sea de noche. Puede ser ahora mismo —dijo Junia y, abriéndose la túnica de un tirón y con violencia, dejó sus senos al descubierto. Estaba enojada y también desesperada. Necesitaba engendrar un niño; de lo contrario, su marido podría pedir el divorcio por infertilidad. Aunque el culpable fuera él, así estaban planteadas las reglas para las mujeres romanas. Además, si su esposo la repudiaba por esa razón, le costaría encontrar a otro hombre de alcurnia que la desposara.

Ovidio Fabio observó el cuerpo desnudo de su mujer y luego miró el entorno: un reducido grupo de sirvientes daba vueltas a su alrededor mientras realizaban sus quehaceres.

—Estas escenas son desagradables —comentó, y abandonó el camastro. Bastante le costaba llevar a cabo el acto sexual cuando estaban solos como para consumarlo delante de otras personas.

Ella, que pareció adivinarle los pensamientos, señaló:

—Entonces, vamos a los aposentos.

—Ve tú, me has hecho enojar —dijo, y salió del triclinio con parsimonia.

Junia escuchó el ruido de la puerta principal y comenzó a llorar; estaba convencida de que su marido nuevamente iría a pasar la noche con el centurión.

Aún con lágrimas en los ojos, tomó con rabia una fruta, la mordió con violencia y tiró el resto por los aires. Enojada, empujó las bandejas, que cayeron al suelo con estruendo. Mirando el desastre que había hecho, descubrió los trozos de pan que esa mañana le había traído el romano encargado de los alimentos. Se trataba de un muchacho agradable, de cabellos rojos y de nombre Publio, que la miraba con deseo. «¡Ojalá mi esposo tuviera esos ojos para mí!», anheló. Pero como ese problema no tenía solución, debía centrarse en lo práctico: engendrar un hijo.

Escribió una nota en un papiro y se la dio a una de las sirvientas para que la llevara ante Publio. Ella sabía en qué zona encontrarlo, pues el muchacho estaba a cargo de las provisiones del campamento. En el escrito le pedía algunos condimentos. Si su petición salía como ella lo esperaba, él se los traería personalmente. Era el pretexto perfecto para iniciar un acercamiento con él, con el proveedor.

Se encerró con dos de sus esclavas en el cuarto de las mujeres, esa sala donde se acicalaba con esmero a la dueña de casa. Necesitaba más maquillaje, un poco de perfume y un cambio de túnica; quería recibirlo bien arreglada, impecable.

Estaba decidida: si lo que necesitaba no lo lograba de su esposo, lo alcanzaría con otro. Precisaba un hijo. Pero había un problema: el rojo de su cabellera podría delatar al padre. Aunque peor sería seguir sin darle un niño a su marido. No importaba el color de pelo; lo decisivo radicaba en conseguir uno. Y este acercamiento entre ellos dos constituiría el primer paso para lograrlo.

* * *

La enorme luna iluminaba el campamento romano cuando Publio, luego de leer el papiro, preparó no sólo los condimentos que

la dama le había pedido, sino que le agregó unas frutas. Si no malinterpretaba el contenido de la nota, Junia requería las provisiones en ese mismo momento. Atendería su pedido y, si la hermosa romana a la que había visto llorar se lo permitía, también le brindaría consuelo. En el campamento, todos sabían qué sucedía entre su marido y el centurión.

—Ten cuidado, Publio, y ve despacio. Su esposo es el enviado del emperador —se dijo a sí mismo en voz alta.

Y luego se respondió para sus adentros: «No tengo apuro».

Perseguir el botín, a veces, era mejor que alcanzarlo. El acecho de la presa resultaba maravilloso.